



reseñas educativas // education review

editores: gustavo e. fischman gene v glass melissa cast-brede david j. blacker
revista de reseñas de libros, de acceso libre y multi-lingüe

28 de noviembre de 2012

ISSN 1094-5296

Reseñas Educativas es un proyecto del National Education Policy Center <http://nepc.colorado.edu>

Síguenos en

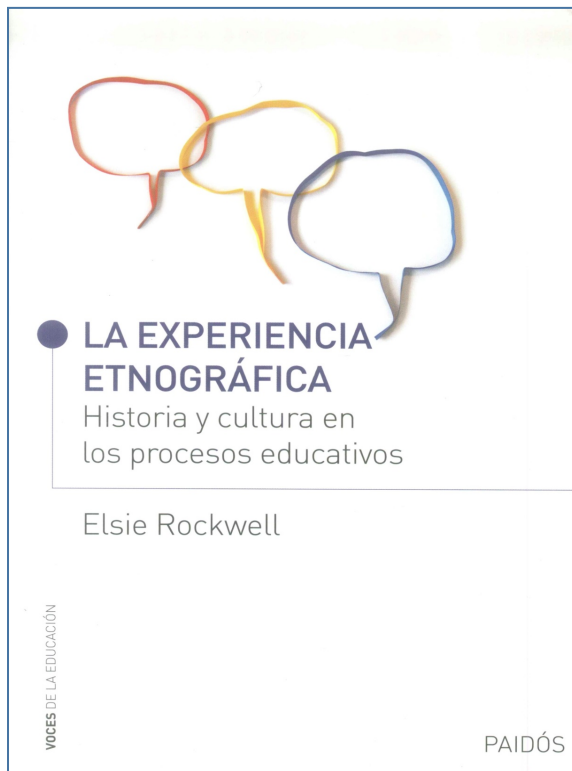


Rockwell, Elsie. (2011) *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós.

224 páginas

ISBN:978-950-12-1519-9

Reseñado por María Cecilia Acosta.
Universidad Nacional de Rosario



La experiencia etnográfica de Elsie Rockwell analiza la historia y la cultura en los procesos educativos desde una doble perspectiva, la de la experiencia de la autora en etnografía de la educación y la de las relaciones entre antropología e historia como marco referencial para la investigación educativa. El libro propone un trayecto al lector, que inicia con la cuestión de la relevancia y sentido del trabajo etnográfico, exponiendo incluso la dimensión del desconcierto que atraviesa la labor, y señalando también el compromiso etnográfico frente a dudas epistemológicas y éticas. Revaloriza el lugar de la teoría en vinculación con el método y las técnicas etnográficas para luego proponer una integración de historia y antropología como modo de asegurar una articulación posible de la evidencia fragmentaria que se recoge en el campo y en el archivo en marcos interpretativos más potentes.

En este sentido destaca que una lectura antropológica de los documentos de archivo hace visible los procesos de producción de los textos así

Citación.: Acosta, M.C. Inicial (28/11/2012) Reseña de Rockwell, E. (2011) *La experiencia etnográfica: historia y cultura en los procesos educativos*. Buenos Aires: Paidós. *Reseñas Educativas* 15. Recuperado [fecha] de <http://www.edrev.info/reviews/revs304.pdf>

como sus posibles usos en contextos locales. Un diálogo entre antropología e historia alude a la integración de significados múltiples generados en el habla y en la práctica a la hora de realizar la producción de textos. Es una cuestión ineludible atender a la dimensión histórica.

Como antecedente de la obra es menester señalar toda la trayectoria de la autora, y en particular una producción que en su momento se constituyó como referente claro en el campo de la etnografía educativa: Reflexiones sobre el proceso etnográfico de 1987. Allí Rockwell abrió la interrogación respecto de cuestiones tales como la etnografía como enfoque, el valor otorgado por la misma a la experiencia cotidiana para el abordaje de las grandes preguntas sociales, y la etnografía caracterizada como proceso de producción de textos. La elaboración de textos etnográficos implica la integración de las descripciones analíticas y los desarrollos conceptuales que localicen el conocimiento construido en el campo de investigación educativa adecuado. En ese texto, la autora anticipa su planteo referido a la responsabilidad de producir relatos que den sentidos nuevos y salidas necesarias, por parte del investigador que enmarca su práctica en el enfoque etnográfico. Cada uno de los siete capítulos de “La experiencia etnográfica”, por otra parte, retoma ejes de trabajo que la autora ha venido planteando y que constituyen aportes centrales al campo de trabajo específico.

El primer capítulo, “La relevancia de la etnografía”, aborda de manera inicial la cuestión de la relevancia propia de la etnografía, caracterizada por una naturaleza compleja traducida en una trama de usos posibles. Hay una especificidad propia de la etnografía, desprendida de una diversidad de posturas, puestas aquí en diálogo y debate. A los fines de delimitar qué es la etnografía, se presentan una diversidad de corrientes metodológicas y epistemológicas que la abordan. Dentro de la diversidad de prácticas y concepciones de la etnografía es posible encontrar cinco rasgos comunes que son especificados por la autora.

Inicialmente, la autora designa como actividad del etnógrafo la práctica de documentar lo no documentado de la realidad social. Delimita, luego, el producto del trabajo analítico, un tipo de texto que es la descripción. Como tercer rasgo sitúa la centralidad del etnógrafo como sujeto social, su experiencia directa y prolongada en una localidad. La atención a los significados se sitúa como cuarta característica y como quinto rasgo, la construcción de conocimiento inherente al quehacer del antropólogo. En suma, Rockwell circunscribe el uso del término etnografía a aquellas investigaciones que exhiben como condiciones básicas, el punto de partida de la experiencia prolongada del etnógrafo en una localidad y de la integración con quienes la habitan; la producción, como resultado de un trabajo analítico, de un documento descriptivo en el cual se inscribe la realidad social no documentada y se integra el conocimiento local; agregando que, la experiencia etnográfica es más significativa acompañada de un trabajo reflexivo que permita transformar y precisar la concepción desde la cual se mira y se describe la realidad. Es decir, le da lugar a la subjetividad de quien lleva adelante la experiencia. De hecho, la transformación más importante realizada por la vía de la etnografía es señalada por la autora como aquella que experimentan quienes la practican. La autora revela la dimensión del desconcierto, dándole lugar y tesitura a los malestares e incertidumbres singulares que se generan en la práctica.

La autora demarca los ámbitos en que resulta pertinente el uso de la etnografía, menciona respecto del ámbito educativo, que la etnografía no produce por sí misma una alternativa pedagógica. Considerar la pertinencia implica ponderar el valor diferencial que reviste la figura del etnógrafo a la hora de centrarse en la comprensión, evitar la prescripción y la evaluación, y mostrar sensibilidad frente a las formas de preguntar y participar en los procesos locales, respetando el compromiso con los mismos.

Así, Rockwell insta una apuesta a la posibilidad de describir los procesos culturales desde perspectivas distintas a las del poder y postula la importancia de integrar la dimensión temporal a la

investigación etnográfica sobre la educación. El proceso de historizar la concepción que se tiene de la realidad actual de las escuelas es un fundamento necesario para una antropología histórica de la educación. La autora insiste además en la posibilidad de recuperar lo particular y lo significativo desde lo local, pero además de situarlo en una escala social más amplia y en un marco conceptual más general, tal es la contribución posible de la etnografía a los procesos de transformación educativa. Así, se comienza a delimitar la riqueza del enfoque, fundada en una potencialidad de transformar y transformarse en la experiencia.

El primer capítulo finaliza con la interrogación referida al destino del conocimiento. Aquí la autora puntualiza, como actividad central de la etnografía, producir conocimiento y por medio de ello, trazar nuevas posibilidades de relación con el trabajo educativo. Para analizar su destino, Rockwell plantea que el conocimiento no descansa en textos y bibliotecas sino que solo adquiere existencia efectiva en las relaciones entre las personas y sus entornos sociales y naturales; sólo se materializa como conocimiento local, incorporado de manera orgánica a prácticas y procesos culturales de mayor alcance. Por eso, la autora propone una vigilancia de la perspectiva metodológica y teórica desde la cual la etnografía se realiza así como el destino social del conocimiento producido en el marco cultural y político de cada localidad.

El capítulo segundo, “Reflexiones sobre el trabajo etnográfico”, aborda los aspectos cotidianos del trabajo etnográfico que conducen al conocimiento si se acompañan de un trabajo teórico y analítico que permita modificar, y no sólo confirmar las concepciones iniciales acerca de la localidad y del problema estudiado. Recorre, además las polémicas epistemológicas que atraviesan a la investigación bajo la forma de corrientes académicas que la apoyan o confrontan. Aborda así las posiciones positivistas en la investigación educativa; la postura empirista en la investigación etnográfica; la hermenéutica y la psicología genética. El sentido que la autora plantea para esta reflexión es el de enfatizar la construcción de criterios propios y la necesidad de dar cuenta de esta forma de construir conocimiento en términos de una epistemología también en construcción. La autora contribuye a esta tarea aportando el texto de su experiencia particular.

Respecto del trabajo de campo, su proceso central consiste en la constante observación e interacción en una localidad, que conduce, además a la cuestión de trabajar con la subjetividad. Establecer las relaciones en el campo y registrar esa experiencia involucra necesariamente una dimensión subjetiva. Es decir, es necesario reconocer que la presencia del etnógrafo en el campo da un acceso parcial a la realidad vivida localmente.

Una cuestión de relevancia es la del registro público de la experiencia. Dado que el fin de la etnografía es conocer lo desconocido, escuchar y comprender a otros, el compromiso es elaborar un registro que sea público con la intención de colectivizar el proceso de construcción del conocimiento, de socializarlo con el uso de registros inteligibles para otras personas, incluyendo los habitantes de la localidad en que se desenvuelve el estudio. El compromiso de volver públicos y compartibles los registros de campo tiene ciertas consecuencias, implica incluir una versión lo más textual posible de lo que se dijo y se escuchó. La intención de observar y registrar todo, que surge inicialmente, se va reemplazando por la conciencia de que aún lo fragmentario puede ser significativo y lo recurrente puede ser representativo. A partir de esos fragmentos y regularidades, es posible proponer nuevas maneras de comprender relaciones, estructuras y procesos que rebasan la particularidad de las situaciones presenciadas. La tarea de observación etnográfica no procede de un momento en que se ve “todo” a otro en que se definen cosas específicas para observar, sino al revés.

La autora continúa abordando, así, los diálogos en el campo; la práctica de escribir; la distinción entre describir e interpretar; el proceso de análisis; la trayectoria real, las formas de realizar análisis etnográfico sin idealizar el método. Delimita los elementos del análisis: el objeto de estudio; las unidades de análisis; las escalas; los niveles de abstracción; las categorías sociales y categorías

analíticas; lo particular y lo general, destacando que el trabajo conceptual se presenta como fundamental para cualquier estudio etnográfico.

Finalmente, la autora explora la relación entre la práctica etnográfica y otras prácticas educativas y políticas.

El capítulo tercero, “Etnografía y teoría”, expone la tendencia a escindir la teoría de la descripción que refuerza a la postura etnográfica antagónica a la teoría. La autora propone explorar la relación entre descripción etnográfica y teoría desde tres aspectos: cómo la antropología conformó un conjunto de procedimientos y tradiciones del trabajo de campo y de análisis para la etnografía y le heredó ejes teóricos; la gama de concepciones teóricas que sostienen y distinguen estudios etnográficos hechos en el campo educativo; y el vínculo entre la investigación etnográfica y el desarrollo de nuevas perspectivas conceptuales. En la dirección de proponer conceptos que rebasen la referencia tradicional de la etnografía a los fenómenos culturales y los ámbitos comunitarios.

La autora señala la relación particular con la teoría que permite la etnografía: la elaboración teórica no es sólo condición previa para la investigación etnográfica. La etnografía es un enfoque óptimo para vincular la investigación empírica al desarrollo teórico. A su vez, se explora la relación entre teoría y significados sociales en tanto cobra relevancia frente al desafío de integrar el resultado de la investigación a la práctica social. La autora enfatiza en que el conocimiento sólo existe en la práctica, y desde la condición de investigadora de los procesos educativos se propone como ineludible el retorno a la práctica afirmando que la tradición etnográfica, sostenida teóricamente por una concepción alternativa de la sociedad y la educación, puede contribuir a realizarlo.

En el capítulo cuatro, “Cómo observar la reproducción”, la autora introduce la noción de reproducción, considerando cómo se puede utilizar y elaborar el concepto teórico de la reproducción en la antropología de la educación. En esta línea de pensamiento, Rockwell arroja su visión crítica respecto del hecho puntual por el que, a partir de la teoría existente, derivada de realidades sociales, se presupone la existencia de procesos y contenidos de reproducción en las escuelas, en lugar de utilizar y reelaborar la teoría para conocer cómo se dan esos procesos en los distintos contextos; y esto, se configura al modo de un obstáculo epistemológico.

Rockwell responde desde un lugar que dista de ofrecer una guía de observación de campo sino que ofrece una serie de reflexiones que orientarían el trabajo de construcción de nexos entre la formulación teórica y la observación empírica. La autora analiza la teoría de la reproducción señalando que la misma posibilitó un avance relativo en la investigación educativa siendo asimismo esencial comprender otros procesos sociales (negociación, control, apropiación, socialización, destrucción y resistencia) que entretujan la educación y el movimiento social.

En el capítulo cinco, “El diálogo entre antropología e historia” relata la convergencia entre las trayectorias de dos disciplinas: la antropología y la historia. Si bien el diálogo entre ambas no es sencillo y es pensado como un diálogo a largo plazo, tiene la potencialidad de ofrecerle un sentido a los textos generados en el habla y la práctica de los procesos educativos.

En el sexto y penúltimo capítulo, “La etnografía en el archivo” Rockwell aborda la cuestión de la etnografía en el archivo. Dado que para los antropólogos que trabajan con la dimensión temporal de los procesos educativos la recurrencia a los archivos es una tarea central, la autora menciona las vicisitudes de la labor de documentar el registro del pasado.

Se expone una perspectiva que supone que el trabajo sobre las culturas escolares del pasado da profundidad temporal a los estudios sobre procesos educativos actuales. El sentido del enlace entre antropología e historia alude a la toma de conciencia respecto de lo que perdura y lo que cambió. Aquí se introduce un tema de relevancia enunciado por Rockwell como la *heterogeneidad frente a la norma* como testimonio de la historicidad que caracteriza a las culturas escolares de toda época.

Desde la labor de documentar esa heterogeneidad, los estudios etnográficos actuales pueden contribuir a una mejor comprensión y transformación de las prácticas culturales.

El capítulo siete, “Narrar la experiencia”, se propone como resumen de lo expuesto y como exploración de emergentes en el campo. La autora recupera de su exposición, las características del estudio etnográfico agregando que la etnografía culmina con la producción de representaciones textuales de la realidad estudiada, redactados por las mismas personas que realizaron el trabajo de campo. Resalta que el sentido de la investigación etnográfica es producir una mayor o distinta comprensión de procesos que habitualmente fueron abordados a otras escalas y por otros medios. Para este cometido, el trabajo de campo debe transformar al etnógrafo, que encarna la construcción de una nueva mirada.

Es menester mencionar cómo la autora propone un alcance para la etnografía, en el que se opta por abordar las grandes preguntas sociales mediante estudios realizados en mundos pequeños en los que sea posible la observación y el acercamiento personal a la vida cotidiana y a los sentidos que los hechos tienen para los habitantes del lugar. La experiencia de campo conduce a la construcción de categorías de análisis en diálogo con los significados locales y a incidir sobre los parámetros del discurso oficial, y en este acto hay una adherencia por parte del etnógrafo al proceso de *descolonizar el conocimiento* en diálogo con otros. Resulta entonces necesaria la vigilancia ética de la pertinencia y calidad de la labor de investigación.

La autora entiende que la experiencia etnográfica, tanto en el campo como en el archivo debe transformar nuestras maneras de pensar, de mirar y de ser. De ahí se desprende la resuelta confianza que la autora deposita en el quehacer etnográfico, una confianza fundada en la presunción de la producción de relatos que den sentidos nuevos a la vida y señalen necesarias salidas. Hay una riqueza señalada y una apuesta por la etnografía firmemente argumentada en el transcurso del libro.

En síntesis, este libro puede proponerse no sólo como fuente de consulta sino además como guía y herramienta para quienes se decidan por el abordaje de la realidad educativa y social desde la perspectiva etnográfica, que rebasando la idea de ser un método, es una experiencia. Bajo la forma de un texto claro, la obra logra transmitir las dimensiones conceptuales y éticas que rigen dicha experiencia.

Acerca de la autora del libro: Elsie Rockwell es doctora, historiadora y antropóloga de la educación. Realizó sus estudios de posgrado en la Universidad Nacional Autónoma de México y en el Centro de Investigaciones y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional de México, donde se desempeña como profesora e investigadora. Es autora de numerosas publicaciones y ha recibido importantes distinciones a lo largo de los treinta años en los que viene realizando y dirigiendo proyectos sobre escuelas y comunidades del medio rural e indígena mexicano.

Acerca de la autora de la reseña: María Cecilia Acosta es psicóloga, egresada de la facultad de Psicología dependiente de la Universidad Nacional de Rosario. Trabaja como adscripta en la unidad ejecutora de CONICET: Instituto Rosario de Investigaciones en Ciencias de la Educación (IRICE), llevando adelante actividades de docencia, investigación y divulgación en el marco de proyectos de investigación en los campos de Psicología y Educación, bajo la dirección de la Dra. Ana Inés Heras Monner Sans.

<http://edrev.info>



Editores

Gustavo E. Fischman, Editor para Español & Portugués

fischman@edrev.info

David J. Blacker Editor para Inglés

blacker@edrev.info

Melissa Cast-Brede Coeditor para Inglés

cast-brede@edrev.info

Gene V Glass Editor Ejecutivo

glass@edrev.info